

Vulnerables por naturaleza.

Los marginados a la luz del Evangelio de Lucas

Mg. Lino Beltrán

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

Resulta interesante observar esa configuración interpretativa planteada en el título de este artículo, "Vulnerables por naturaleza", la cual se relaciona de forma directa con la experiencia de los grupos sociales más pobres con lo que significa o representa el ser "vulnerable" o "marginado".

Dicha relación semiótico-cultural ha dado pie a la errónea y generalizada comprensión de ubicar a quienes, por cualquier circunstancia de la vida, no gozan de ciertos privilegios solventados por el poder económico, la formación académica o el interés cultural, como a los más frágiles e indefensos en el engranaje estructural de las relaciones humanas.

Si bien es cierto que las personas de escasos recursos son los protagonistas de múltiples historias constantemente afectadas por situaciones y experiencias que los someten diariamente a una lucha acérrima por su supervivencia, también aquellos que tienen una posición social más estable enfrentan enfermedad, muerte, pérdida de trabajo y demás.

Lo expresado hasta este punto nos ubica en esa realidad de vulnerabilidad que se teje desde cualquier escenario donde se manifieste la experiencia humana sin importar la diferenciación social, política, religiosa, étnica o cultural. Con esto, se pretende aclarar que cada persona, por su condición humana, ya es alguien completamente vulnerable. En ese orden de ideas, la fragilidad de cada individuo no depende de la posesión o carencia de un recurso económico o de una posición social, sino de algo inherente a la persona al estar en un mundo finito y relacionarse desde un cuerpo que bajo las condiciones de esta realidad se desgasta, se enferma, se lesiona, pero nos acerca al otro.

Lucas, autor del tercer Evangelio y del libro de los Hechos de los Apóstoles, destaca en su narrativa un interés particular por la experiencia tanto de los vulnerables como de los marginados. El evangelista pone de manifiesto que la necesidad humana puede asomarse por cualquier circunstancia y muestra cómo una adecuada cultura del encuentro se convierte en la mejor alternativa para que toda persona, desde su vulnerabilidad particular, se sienta acogida. De manera especial, Lucas plantea en su evangelio una serie de encuentros que nos pueden proveer hoy en día de una serie de herramientas para sanar las vulnerabilidades heridas de las personas, cuando la red comunitaria no está en capacidad de contener, cuidar y apoyar.

Para Lucas no existe excepción alguna en lo concerniente a la marginalidad y vulnerabilidad humanas, pues para este escritor sagrado, tanto pobres como ricos se hacen vulnerables frente a la experiencia misma de la vida. El autor ve a unos y otros como marginados y marginales en relación con sus diferentes opciones vitales y frente a las decisiones que deben tomar cuando de seguir a Jesucristo se trata. A manera de ejemplo, se pueden citar las siguientes experiencias que atestiguan lo que se acaba de mencionar:

- Un primer caso puede observarse en el capítulo 16 del Evangelio de Lucas entre los versículos 19 al 31, donde se narra la situación de un hombre muy rico, quien, por alguna razón, se mantuvo indiferente a la necesidad de un mendigo que permanecía echado a la puerta de su casa. El relato destaca la muerte de estos dos personajes, indicando que el rico es condenado al tormento mientras que el pobre es llevado a un lugar de reposo. El mendigo refleja una evidente vulnerabilidad a morir de hambre debido a su condición de pobreza, mientras que el rico se muestra susceptible a morir eternamente a causa de su egoísmo. Se vislumbra entonces una doble marginación en este relato, pues de un lado está el pobre excluido del banquete y del otro está el rico apartado de la gracia.

- Un segundo episodio se halla en el capítulo 18 del Evangelio de Lucas entre los versículos 18 y 25; allí, un hombre se acerca al Señor Jesús con el deseo de conocer cuál es la clave para asegurar su ingreso a la eternidad, creyendo que su cumplimiento de la estricta reglamentación legal le sería suficiente para tal fin. Sin embargo, el Maestro le señala la necesidad de aprender a desprenderse de lo material para compartir con otros, dando a entender que no hay principio más sublime que aquel en donde prime la misericordia hacia los demás. La respuesta de Jesús puso al descubierto el área más vulnerable en la vida de este hombre, pues era tan frágil frente al poder de sus recursos económicos, que se automargina de una vida de servicio y compartir desde Jesús, por aferrarse a sus posesiones.

Estos dos relatos muestran el poder que tiene el encuentro en nuestras vidas como ocasión precio-

sa para reconocernos en profundidad, en nuestras limitaciones y potencias. Como es de esperarse, Lucas plantea encuentros profundos de personas y comunidades con Jesús que se presentan como oportunidades clave para reescribir la historia, y se convierten en momentos de lucidez para acoger la propia vulnerabilidad y hacerse próximo de quien se siente desprotegido.

A continuación, analizaremos dos encuentros transformadores en los que la consciencia de la común vulnerabilidad se hace tierra fértil para dignificar a la persona. El primero nos invitará a reconocernos como los invitados especiales para contemplar al Dios humanado y vulnerable. El segundo, nos acercará a la figura de un hombre que, exteriormente, no tenía ningún motivo para sentirse frágil o dependiente, pero solo basta una mirada de Jesús para que se reconozca necesitado de ser reconstruido desde el reconocimiento de una vocación a la justicia, empañada, quizás, por la codicia.

Del trono al pesebre: Un encuentro desde la empatía

La hábil pluma de Lucas nos transporta de forma particular al emotivo relato del nacimiento de Jesús (Lc 2,1-20). Pero lejos de ser este evento descrito como un suceso lleno de figuras rimbombantes u ostentosas, el autor del tercer Evangelio nos ubica en una atmósfera llena de elementos y personajes tan marcados por la precariedad, que en cierto punto de la narración logra hacer que el lector sienta un profundo temor por la integridad física del niño y la de su familia.

La tradición Lucana sobre el nacimiento de Jesús ha inspirado durante siglos la piedad popular para diseñar o construir pesebres de diversas formas, algunos decorados con papeles y figuras de colores, agua y animales silvestres. Sin embargo, de acuerdo con los diferentes acercamientos sociohistóricos al estilo de vida en Israel en el siglo I dC, se ha podido establecer que el pesebre, en realidad, era un pequeño espacio de piedra o de madera ubicado en algunas posadas, y que servía de forma útil como abrevadero para los animales de los viajeros.

Por otra parte, también se ha relacionado bajo la categoría de "pesebre", al lugar amplio a manera de establo o sótano en el que los abrevaderos antes mencionados eran ubicados, pero bien haya sido en una pileta de piedra o en un reposadero de animales, lo que Lucas muestra en el relato del nacimiento del niño Jesús es un auténtico ejemplo de empatía hacia los marginados, pues este pequeño, siendo la encarnación propia del Dios de los cielos, ha dejado su trono para compartir su experiencia de gloria con otros más pequeños. No lo hace desde un gran palacio lleno de lujos, sino desde los márgenes sociales, desde el lugar menos cómodo de la casa, y

en compañía de quienes trabajan permaneciendo en la noche, en la oscuridad, y en la penumbra (Lc 2,8).

Los convidados al alumbramiento de María no son los príncipes del pueblo o gentes importantes de la sociedad, sino aquellos al margen del poder y de las apariencias, y quienes posiblemente jamás serían invitados de honor al nacimiento de rey.

El privilegio de presenciar al Hijo de Dios envuelto en pañales le es otorgado a un grupo de pastores sin nombre y sin identidad, son extraños hasta en el mismo relato, desconocidos por el evangelista y por la sociedad, pero reconocidos como importantes por el cielo mismo, pues es desde las alturas de donde viene la voz que les invita a integrarse en el encuentro con el recién nacido (Lc 2,9).

Este encuentro entre el Dios que deja su trono y los marginados culmina en un majestuoso escenario de gloria y exaltación, pues los ángeles glorifican en las alturas (Lc 2, 14) mientras los pastores lo hacen en la tierra (Lc 2,20) estableciendo así un diálogo en medio de las alabanzas que los conecta nuevamente con la esperanza. Ya no hay rechazo ni discriminación alguna para estos pastores, en el pesebre tienen con quien conversar para expresar su experiencia sin temor alguno, ahora pueden dar gloria al comprender que su Salvador se ha hecho tan vulnerable, que se ha permitido ser y sentirse igual que ellos.

La línea narrativa sobre la que se traza el relato del nacimiento en el Evangelio de Lucas va más allá del simple tinte histórico de un relato, ubicando al lector en el plano teológico de la empatía, entendiendo esto último como la acción de ponerse en el lugar del otro.

Lucas nos propone un Salvador que no salva desde el trono haciendo uso de su soberano poder, sino de un Dios que socorre a los suyos proponiendo un encuentro cara a cara y de igual a igual en el que se hace tan humano, vulnerable y marginal como ellos, conectando su experiencia con la de quienes permanecen bajo la sobrecogedora espera de la noche.

Del pesebre a la casa: El encuentro con un hombre rico, vulnerable y marginado (Lc 19, 1-10)

El relato del encuentro entre Jesús y Zaqueo es el claro ejemplo de lo propuesto al inicio de este escrito cuando se indicó que cada persona, por el simple hecho de ser un ser humano, está expuesta a cualquier tipo de marginación social. En Zaqueo se observa con claridad dicha afirmación, pues su condición social no es precisamente la de un



mendigo o la de un menesteroso, sino que, por el contrario, se distinguía entre sus paisanos por ser “jefe de los publicanos y rico” (Lc 19,2).

Los detalles con los que Lucas describe a Zaqueo no son menores y dan cuenta en últimas de un personaje que pese a tener una capacidad económica importante junto a un cargo de alto rango, era “bajo” en estatura y tenido por “pecador” (Lc 19, 3-7). Respecto a lo primero, la baja talla de Zaqueo, vale decir que es un recurso literario que ubica al personaje por debajo de los demás, lo que desde un ángulo sociológico indicaría que este es “visto por encima del hombro”, o que sencillamente “siempre es visto hacia abajo”.

En cuanto a la categoría de “pecador” que recaía sobre Zaqueo, se puede decir que emergía de un descontento comunitario debido a la labor que este personaje tenía al ser jefe de los recaudadores de impuestos, los cuales no gozaban, al igual que hoy, de una buena fama entre los ciudadanos. Muchos judíos de la época se sentían impotentes al ver cómo algunos hermanos y compatriotas suyos estaban a favor del Imperio Romano, lucrándose con los impuestos de los campesinos y trabajadores del común, tal y como lo hacía Zaqueo.

Pese a todo esto, la historia para Zaqueo cambiaría de forma radical e intempestiva. Lucas expresa que la estatura de este hombre lo hacía vulnerable frente al hecho de acercarse a Jesús para verlo, las gentes le impedían el paso y él solo trataba de observar sin lograr conseguir su objetivo. En medio de su dilema decide trepar a un árbol sin dejarse opacar por la situación ni por las gentes, logrando de este modo que Jesús se detenga, lo mire hacia “arriba”, y le pida acceso a su casa.

Ya en casa, la escena deja ver la realidad de todos los actores. Zaqueo se sincera con Jesús, pues ahora el Maestro ha entrado a visitarlo allí en su lugar más íntimo y en donde no puede ocultar lo que realmente él es.

Por su parte, las gentes, que antes le impedían ver a Jesús por el camino, le siguen señalando mientras cuestionan al mismo tiempo el actuar del Señor por entrar a comer con un “pecador”, pero en medio de toda esta situación, Jesús aprovecha el encuentro para reivindicar a Zaqueo como un actor social igual a los demás, al indicar que “Él también es hijo de Abraham” (Lc 19,9), convirtiendo a quien hasta hace poco fuese un rechazado social, en alguien que había sido encontrado para ser salvado (Lc 19,10).



Conclusiones a la luz del Evangelio

1. A partir del relato del nacimiento del niño Jesús, Lucas nos invita a empatizar con aquellos que se mantienen en los márgenes de la oscuridad y la incertidumbre. Nos enseña que, así como el Señor se bajó de su trono para venir al encuentro con los marginados en medio de un pesebre, debemos reflexionar en las formas que estamos usando para ayudar a quienes requieren cualquier tipo de apoyo, pues muchas veces queremos tender nuestra mano sin querer bajar de nuestros tronos personales, pero, sobre todo, sin aceptar que muchas veces, debemos hacernos tan vulnerables como aquel o aquellos a quienes queremos servir.

2. En las situaciones de los dos hombres ricos de los capítulos 16 y 18, Lucas nos transmite la experiencia que viven aquellos que se marginan a sí mismos al poner su mirada exclusivamente en sus posesiones personales, y aunque esto no indica que Lucas esté en contra de los ricos, es claro que este es un mensaje con tintes disuasorios para aquellos que hacen de la riqueza su eje central de vida, ignorando al mismo tiempo las realidades que les rodean y en las que

pueden aportar no solo con sus posesiones, sino con sus propias vivencias y habilidades personales.

3. De Zaqueo nos queda el mensaje esperanzador de la oportunidad que tenemos todos para participar del encuentro con Jesús. Lucas nos deja ver que en el camino de la fe hay muchos que observan, y que, al mismo tiempo, les impiden a otros observar también. Pese a esto, aquellos que se sienten impedidos, vulnerados o ignorados, poseen en sí mismos las capacidades que les permiten, al igual que a Zaqueo, subir al árbol para contemplar y ser partícipes de la gracia que en el Señor se halla. Por último, puede decirse que Lucas nos enseña lo vulnerables que somos por naturaleza, expuestos siempre a ser marginados, dejando en claro que unos y otros vamos a requerir en algún momento de ese encuentro sanador que nos ayude en la transformación de nuestra realidad, a fin de que podamos pasar de los márgenes de la indiferencia al centro del afecto, la empatía y la comprensión. Por tal razón, es importante disponernos al servicio del otro, pero también a dejarnos servir eliminando toda actitud egoísta y clasista, sobreponiendo ante todo el valor primordial del amor y el reconocimiento de todos los seres humanos como iguales.